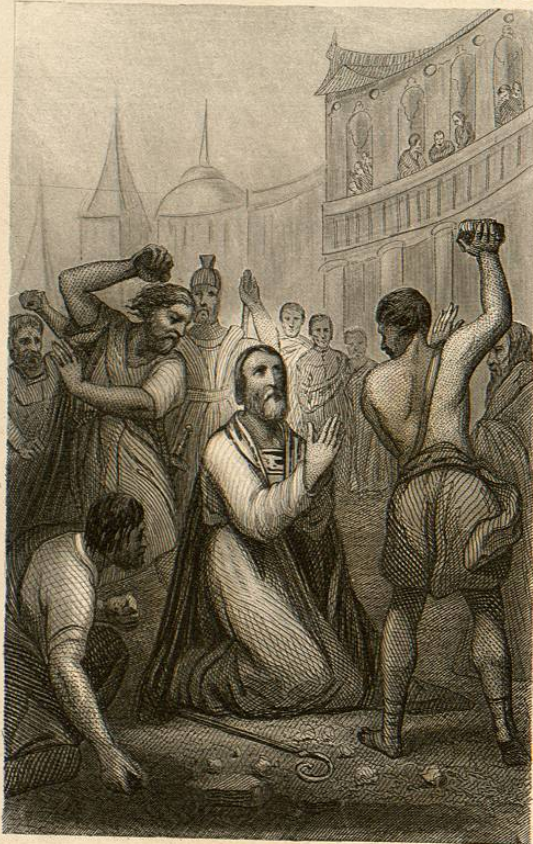


T. 5.

P. 1.



SANTIAGO APOSTOL.

AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

MAYO,

—
DIA PRIMERO.

LOS SANTOS APÓSTOLES SAN FELIPE Y SANTIAGO.

SANTIAGO, nombrado *el Menor*, porque fué llamado al apostolado despues de Santiago, hijo del Zebedeo y hermano de san Juan, fué hijo de Alfeo y de Maria hija de Cléofas, prima hermana de la santísima Virgen, llamada tambien su hermana, segun el estilo de los Judíos, que acostumbran llamar hermanos y hermanas á los parientes muy cercanos; y por la misma razon es llamado nuestro santo en el Evangelio *hermano de Cristo*, aunque en realidad no era mas que primo suyo.

Nació Santiago algunos años antes que el mismo Cristo. Segun Hegesipo, fué santo desde el vientre de su madre; esto quiere decir que sus padres le consagraron al Señor antes de nacer, destinándole desde entonces á seguir toda la vida la regla de los Naza-

renos, cuya obligacion cumplió con fidelidad hasta la muerte.

Su vida, dice san Jerónimo, fué un perpetuo ayuno; desde niño se prohibió enteramente el uso del vino y de toda carne; siempre andaba con los piés descalzos; y en fin, era tanta su penitencia, que, como afirma san Crisóstomo, mas parecia esqueleto que hombre vivo. A la penitencia exterior del cuerpo correspondia el fervor interior del espíritu; pues teniendo presente la especialidad con que estaba dedicado al servicio de Dios, casi desde la cuna se puso perpetuo entredicho á todos los gustos y diversiones de la vida. Parecia que la oracion era su única ocupacion, pues á todas horas se le encontraba en el templo, pidiendo á Dios perdon por el pueblo y clamando continuamente por su salvacion; de cuyo ejercicio de orar de rodillas y sin arrimo, llegó á criar en ellas unos callos tan duros como los de un camello. Supo granjearse tanta estimacion y autoridad entre toda clase de personas, por la modestia de su vestido, por su aire, por su compostura y por la santidad que resplandecia en todas sus acciones, que era el único laico á quien se permitia entrar en el santuario, y todos le llamaban comunmente *el Justo*. En una gran sequia que hubo, levantando las manos al cielo nuestro Santiago, luego llovió abundantemente; lo que sin duda fué ocasion de que le diesen el sobrenombre de *Obliá*, que quiere decir en lengua siríaca, *el que mantiene al pueblo, ó la fortaleza de Dios*.

Tal era Santiago el Menor cuando el Salvador del mundo se dignó llamarle al apostolado. No nos dice el Evangelio ni el tiempo ni la ocasion en que fué escogido para él; solamente le cuenta el noveno entre los apóstoles, y es probable que hasta el segundo año de la predicacion de Cristo no fueron

agregados al colegio apostólico Santiago y su hermano san Judas.

Asegura san Epifanio que Santiago se conservó perpetuamente en el celibato. El nombre de hermano de Cristo que hasta los mismos discipulos le daban comunmente, da bastante á entender la especial ternura con que Santiago amaba á su Maestro, y tambien aquella con que era correspondido de él.

Es antigua tradicion, segun dice san Jerónimo, que la noche de la cena hizo propósito Santiago de no comer ni beber hasta que Cristo resucitase; y que por eso se le apareció el Señor inmediatamente despues de su gloriosa resurreccion. Lo cierto es que, habiendo resucitado Cristo, se apareció á Santiago en particular, como lo afirma san Pablo, despues de haberse dejado ver de san Pedro y de los demás apóstoles; y añade san Clemente Alejandrino, uno de los escritores mas antiguos de la Iglesia, que despues de la resurreccion comunicó el Salvador el don de ciencia á san Pedro, á Santiago el Justo y á san Juan; esto es, como lo explica el mismo padre, una sobreabundancia de luces y conocimientos sobrenaturales para el desempeño de los diferentes ministerios á que los tenia destinados.

Despues de la triunfante ascension á los cielos, habiendo quedado san Pedro nombrado por el mismo Cristo cabeza visible de toda su Iglesia, fué Santiago declarado obispo de Jerusalen. San Jerónimo dice que en esto los apóstoles no hicieron mas que declarar solemnemente á todos los discipulos la eleccion que Cristo habia hecho de nuestro santo para el gobierno de aquella iglesia particular, que podia llamarse la cuna del cristianismo. Y á la verdad, no parecia posible señalar otro pastor que fuese mas grato ni mas respetable á los Judios convertidos á la fe, que componian aquella iglesia.

Su zelo acompañado de aquella piedad y dulzura que le hacian tan respetable, sostenido con la santidad de una vida austera y autorizado con los milagros que hacia, pobló bien pronto aquella iglesia naciente. Correspondia maravillosamente el fervor de los nuevos fieles al ardiente zelo del santo pastor, y su fe triunfó con esplendor y con ruido en la primera persecucion que suscitó el infierno en Jerusalem contra la Iglesia.

La dulzura, la inocencia y la modestia de Santiago no contribuyeron poco á ganarle los corazones de muchos Judíos, aun de los principales de la nacion, que se convirtieron á la fe de Cristo; y cada dia se veia crecer el número de los fieles por la predicacion de nuestro santo. Este, á ejemplo de su divino Maestro, condescendia en todo lo posible con la vehemente pasion que tenian los Judíos recién convertidos por las ceremonias de la ley; condescendencia prudente, que siendo en puntos poco esenciales, conquistó gran número de Judíos, bien que no dejó de ser ocasion de algunas turbaciones.

Algunos cristianos de Judea, demasidamente zelosos por la ley antigua, inquietaron la iglesia de Antioquia, queriendo obligar á los gentiles á la circuncision. Sobre esto enviaron á san Pablo y á san Bernabé por diputados á san Pedro, Santiago y san Juan, que se hallaban en Jerusalem, para consultarlos como á oráculos de la verdad, depositarios de la fe y columnas de la Iglesia, como habla san Pablo en la epistola á los Gálatas. Con esta ocasion se celebró en aquella ciudad el primer concilio, en que presidió san Pedro. Este refirió las maravillas que por su ministerio habia obrado Dios en favor de los gentiles convertidos, á quienes el Señor habia comunicado el Espiritu Santo como á todos los demás fieles; y concluyó que, pues ninguno podia ser salvo sino por

la gracia del Redentor, no era razon que se les obligase á cargar con un yugo de que el mismo Redentor los habia librado.

Cuando san Pedro acabó de hablar, tomó la palabra Santiago (1), como obispo diocesano, y dijo así: « Hermanos, prestadme atencion: Simon acaba de explicaros, como Dios ha querido entresacar de los gentiles un pueblo que fuese suyo; siendo esto lo que concordemente nos anuncian las palabras de los profetas, segun aquello que está escrito: Yo vendré despues, y reedificaré la casa de David; repararé lo que estuviere arruinado, para que todos los demás pueblos y naciones, que son conocidas con mi nombre, busquen al Señor. El mismo que hizo estas cosas, es el que habla de esta suerte. Dios en todo tiempo conoce la obra de sus manos; por eso soy de parecer que no se inquiete á los gentiles que se conviertan á Dios. Pero se les debe escribir que se abstengan de todo aquello que ha quedado inmundo por haber sido ofrecido á los ídolos, de la fornicacion, de animal que murió ahogado y de sangre. » Siguióse este parecer; y los apóstoles, los presbiteros, y toda la Iglesia fueron de sentir que se volviese á enviar á Antioquia á Pablo y á Bernabé, acompañados de Judas y de Silas, á quienes se entregó una carta concebida en estos términos: « Ha parecido al Espiritu Santo y á nosotros no cargaros mas de lo que es necesario; esto es, que os abstengais de las cosas sacrificadas á los ídolos, de la fornicacion, etc: absteniéndooos de todo esto, haréis bien. A Dios. »

Crecia entre tanto cada dia el número de los fieles en Jerusalem por el zelo, por la dulzura y por la rara piedad de nuestro santo. Manejaba con gran destreza la excesiva y obstinada delicadeza de los Judíos, y toleraba todo aquello que no era incompa-

(1) Act. 15.

tible con el cristianismo, ganando su corazón y su confianza con esta cristiana condescendencia, para irlos poco á poco disponiendo á desembarazarse de aquellas inútiles ceremonias legales, á que estaban tan adheridos. Habiendo ido san Pablo á Jerusalem el año 58, el día siguiente pasó á visitar á Santiago, el cual le aconsejó que no mostrase condenar ciertas ceremonias de la ley antigua de poca consecuencia, por no escandalizar á aquellos espíritus flacos; y el apóstol se conformó con este dictámen.

Después de la muerte de Festo, gobernador de la Judea, y antes que llegase Albino su sucesor, irritados los fariseos y los doctores de la ley de los grandes progresos que hacia la religion cristiana en toda la Judea, y especialmente en Jerusalem, resolvieron hacer todo lo posible para exterminarla. El año de 62, Anano, pontífice que era á la sazón, hijo de aquel otro Anano ó Anás, cuñado de Caifás, de quien hace mención el Evangelio, quiso aprovecharse del interregno, y convocó el gran consejo, llamado Sanedrín, para tratar de los medios mas conducentes para destruir el Evangelio. El expediente mas eficaz y mas breve que se les ofreció de pronto, fué precisar á Santiago el Justo á que negase á Cristo, abjurase su religion, y desengañase al pueblo con sus palabras y con su ejemplo. Mandáronle comparecer ante el consejo; y luego que se divulgó por la ciudad la noticia, todo el pueblo concurrió al consistorio, movido de la reputacion del santo. Llenóse luego la sala, donde se celebraba el Sanedrín, de las personas mas distinguidas de la ciudad. Hegesipo dice que los ancianos ó los consejeros afectaron consultarle algunos puntos, para cogerle en alguna respuesta que sirviese de pretexto para condenarlo; pero lo cierto es, que muchos procedian de buena fe en las preguntas que le hacian. « Te hemos llama-

do, le dijeron, para que nos ayudes á abrir los ojos al pueblo, y á apartarle de sus desvarios haciéndole reconocer sus errores. Ya ves que todos se declaran parciales y sectarios de la doctrina de Jesus, persuadidos de que fué el prometido Mesías. Es menester que desengañes hoy á ese numeroso pueblo que ha concurrido de todas partes con ocasion de la solemnidad de la Pascua; porque todos te veneran por hombre justo, veraz é incapaz de dejarte mover de algun humano respeto: consiguientemente todos están dispuestos á rendirse al testimonio que prestares á la verdad. Sube, pues, á la galeria del templo, para que mejor puedas ser oido del innumerable concurso, y sepan todos de tí, así lo que tú crees como lo que ellos deben creer. »

Habiéndose dejado ver Santiago en la galeria, comenzaron los escribas y fariseos á gritarle desde abajo: « Dinos, hombre justo, qué juicio hemos de hacer de aquel Jesus que fué crucificado; porque todos nos conformaremos con tu testimonio. » Entonces Santiago, esforzando la voz cuanto pudo, exclamó: « Oid, hermanos míos, el testimonio que voy á dar á la verdad: Ese Jesus, hijo del Hombre, de quien vosotros habláis, está en el cielo sentado á la diestra de Dios Padre como hijo verdadero suyo, y algun día vendrá en el trono de las nubes á juzgar á todos los hombres; porque es el Mesías que esperaron nuestros padres, y el que debe ser toda nuestra confianza y la esperanza de Israel. »

Apenas acabó de decir estas palabras el apóstol, cuando un crecido número de Judios, movidos de tan brillante testimonio, creyeron en Jesucristo, y comenzaron á alabar á Dios á voz en grito, diciendo: *Hosanna al Hijo de David*. Pero los escribas y fariseos, arrepintiéndose, aunque ya muy tarde, de lo que habian hecho, vueltos á la muchedumbre,

comenzaron á gritar por todas partes : *Pueblo, el Justo se engaña*; y llenos de rabioso furor contra el santo subieron á la galeria, y le precipitaron abajo desde lo mas alto del templo. No quedó muerto del golpe, y poniéndose inmediatamente de rodillas hizo oracion á Dios por los que le quitaban la vida; pero no pudiendo estos sufrir que sobreviviese á la caida, comenzaron á disparar contra él una espesa lluvia de piedras en ocasion en que, hallándose cerca del santo un tundidor, que por casualidad tenia en la mano el cabestan con que apretaba los paños, le descargó tan furioso golpe en la cabeza, que acabó de matarle.

Así murió Santiago el Menor, el mismo dia de Pascua del año 62, habiendo gobernado cerca de veinte y nueve años la iglesia de Jerusalem; y se tiene por cierto que le dieron sepultura en el mismo lugar donde fué martirizado. Su muerte fué tan llorada, que nunca se hizo por ningun hombre un sentimiento igual; y hasta los mismos Judios miraron esta muerte injusta como una de las principales causas de las públicas calamidades de la nacion, y aun de la misma ruina de Jerusalem, que sucedió ocho años despues de la muerte de nuestro apóstol.

Escribió Santiago, como obispo de Jerusalem y como apóstol muy particular de los Judios, aquella admirable epistola, que entra en el número de los libros canónicos del nuevo Testamento, y es la primera de las siete epistolas católicas, llamadas así, porque no se dirigen á ninguna persona ó iglesia particular, sino á la universalidad de todos los fieles. Esta epistola se dirige á las doce tribus, esto es, á todos los Judios convertidos derramados por toda la redondez de la tierra; y siempre ha sido estimada como un excelente compendio, quinta esencia ó medula de toda la moral cristiana. Su estilo es vivo y eficaz, y

en ninguna otra parte se leen reprendidos los abusos con voces mas enérgicas ni mas expresivas.

El mismo dia celebra la santa Iglesia la fiesta de san Felipe, que, habiendo sido llamado al apostolado antes que Santiago, siempre se le nombra el primero en el oficio del dia.

Fué san Felipe natural de Betsáida, ciudad de Galilea, á las márgenes del lago de Genesaret. Era casado, y tenia tres hijas. Su piedad, dice san Crisóstomo, le hacia ser muy respetado; y empleándose continuamente en la meditacion de la ley y de los profetas, esperaba con un gran fondo de religion al Mesias prometido, que habia de ser la redencion de Israel.

Habiendo dicho públicamente el Bautista en presencia de sus discipulos, que Jesus era el cordero de Dios, Andrés y Simon, que despues se llamó Pedro, le siguieron inmediatamente; y como el dia siguiente partiese Jesus para Galilea, encontrando á Felipe en el camino, no le dijo mas que esta palabra : *Sígueme*; con la cual, no solo inspiró á su corazon una generosa resolucion de dejarlo todo por seguir á Cristo, sino un ardiente deseo de conquistarle todos los discipulos que pudiese. Con efecto, poco despues, como hubiese encontrado Felipe á Natanael, le dijo que habia tenido la dicha de hallar á aquel de quien tanto habia hablado Moises en los libros de la ley, y á quien habian retratado los profetas; y le condujo al Salvador. Asegura san Clemente Alejandrino, como cosa en que todo el mundo convenia, que fué san Felipe aquel mancebo que pidió licencia á Cristo para ir á enterrar á su padre, y á quien el Señor respondió : *Deja á los muertos que entierren á sus muertos*.

Desde entonces siguió Felipe á Cristo tan de veras, que no se volvió á separar de su compañía. El año siguiente fué escogido para el apostolado y contado

entre los doce, nombrándole el Evangelio inmediatamente despues de san Juan. Acredita bien la especialidad con que el Salvador amaba á san Felipe, la distincion con que le trataba. Cuando quiso hacer el milagro de la multiplicacion de los panes, le preguntó para sondearle, dónde hallarian pan para tanta muchedumbre. En cierta ocasion, queriendo unos forasteros ver á Cristo, se valieron de san Felipe para que se lo facilitase, persuadidos de que era el que mas privaba con el Salvador. Cuando este, en aquel gran sermón que hizo á sus apóstoles despues de la última cena, les habló de su Padre, san Felipe se tomó la libertad de suplicarle que se sirviese hacerle ver á todos, porque todos lo deseaban mucho; á lo que el Señor respondió : *Felipe, el que me ve á mí, ve á mi Padre.*

Despues de la ascension de Cristo á los cielos y de la venida del Espíritu Santo, cuando los apóstoles se dividieron por todo el mundo para difundir por todo él la luz del Evangelio, san Felipe fué á predicar la fe á la provincia de Frigia, donde convirtió muchas almas y obró muchos milagros. Habiendo llegado á Hierápolis, se compadeció mucho viendo que aquel pueblo ignorante adoraba por Dios á una monstruosa vivora; y lleno de una santa indignacion la hizo pedazos en el camino. Abrió los ojos á aquella pobre gente, hizola visible la groseria de sus errores, y convirtiendo á la fe á toda la ciudad, fundó en ella una floreciente iglesia. Pero no le dejó en paz la cólera del demonio: porque irritados los sacerdotes de los ídolos y los magistrados en vista de los maravillosos progresos que hacia el cristianismo, resolvieron quitar la vida al santo apóstol. Echaron mano de él, y despues de haberle tenido preso algunos dias, le despedazaron con crueles azotes, y amarrándole á una cruz, comenzaron á apedrearle. Sobrevino un

furioso terremoto, que atemorizando á los gentiles, y poniéndolos en precipitada fuga, dió lugar á los cristianos para que bajasen de la cruz á san Felipe; mas conociendo el santo que ya le quedaban pocos instantes de vida, les rogó que le dejaran acabarla en la cruz á ejemplo del Salvador; y habiéndosele concedido este consuelo, espiró en ella poco tiempo despues, encomendando á Dios su alma y su pueblo. Sucedió esta preciosa muerte el dia 1º de mayo del año de 54, segun Baronio; ó hácia el año de 90, en opinion de los que dan á san Felipe 87 años. Fué llevada á Constantinopla una parte de sus sagradas reliquias, y otra parte de ellas se venera en Roma en la iglesia de los santos apóstoles, que comenzó el papa Pelagio I, y acabó Juan III su sucesor.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de los apóstoles san Felipe y Santiago. San Felipe, despues de haber convertido á la fe de Jesucristo casi toda la Escitia, fué crucificado en Hierápolis en Asia, y acabó gloriosamente su vida siendo apedreado. Santiago, llamado en la Escritura Hermano del Señor, primer obispo de Jerusalem, fué precipitado desde lo alto del templo, y rotas las piernas, y herido en el cerebro con el palo de un lavadero, fué sepultado allí junto al templo.

En Egipto, san Jeremías profeta, el cual, habiendo sido apedreado por la plebe, murió en Tanes, y fué enterrado allí. Los cristianos, dice san Epifanio, acostumbraban ir á orar sobre su sepulcro, y el polvo que de él sacaban, les servia de remedio contra la mordedura de los áspides.

En el Vivarés, san Andeol subdiácono, enviado del Oriente con otros muchos por san Policarpo para predicar la palabra de Dios en Francia, en donde en

tiempo del emperador Severo fué cruelmente apaleado con bastones espinosos; despues con una espada de madera le abrieron la cabeza en cuatro partes, en forma de cruz, y de este modo consumó su martirio.

En Huesca en España, los santos mártires Orencio y Paciencia.

En Sion en Valais, el martirio de san Sigismundo, rey de los Borgoñones, el cual fué echado y anegado en un pozo, y se hizo célebre por sus milagros.

En Auxerre, san Amador, obispo y confesor.

En Auch, san Orense obispo.

En Inglaterra, san Asaf obispo, y santa Valburga virgen.

En Bérgamo, santa Grata viuda.

En Forlí, san Peregrino, del orden de Servitas.

La misa es en honra de los santos, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos annua apostolorum tuorum Philippi et Jacobi solemnitate lætificas; præsta, quæsumus, ut, quorum gaudemus meritis, instruamur exemplis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemne festividad de tus apóstoles Felipe y Santiago; concédenos que imitemos los ejemplos de aquellos, de cuyos merecimientos nos regocijamos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría.

Stabant justi in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt, et qui absterunt labores eorum. Videntes turbabuntur timore horribili, et mirabuntur in subitane insperatæ salutis, dicentes intra se, poenitentiam agentes,

Estarán los justos con grande ánimo contra los que les afligieron y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos á su vista sellenarán de un temor horrible, y se admirarán al ver salvos á los justos, de repente y contra toda su esperanza;

et præ angustia spiritus gementes: Hi sunt, quos habuimus aliquando in derisum, et in similitudinem improperii. Nos insensati vitam illorum æstimabamus insaniam, et finem illorum sine honore: ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.

diciendo entre sí, penetrados de un vivo arrepentimiento, y arrancando gemidos de su corazon angustiado: Estos son los que en otro tiempo fueron el objeto de nuestras burlas, y los que poníamos por ejemplo de personas dignas de todo eprobio. Nosotros, insensatos, reputábamos su vida por necesidad, y su muerte por deshonra: no obstante, miradlos elevados entre los hijos de Dios, y que tienen su suerte entre los santos.

NOTA.

« Habiendo representado Salomon en los capitulos » precedentes el lamentable estado en que se hallan » rán los réprobos al fin de su vida, y lo que sen- » tirán en aquella fatal hora que ha de decidir su » suerte eterna, hace contraposicion en este capitulo » de la gloria, y por decirlo así, del triunfo de los » justos despues de su muerte y por toda la eternidad. »

REFLEXIONES.

La paciencia y la humildad, inseparables de la verdadera virtud, cierran la boca á los justos perseguidos, los hacen como mudos y casi insensibles, impidiéndoles levantar el grito en esta vida contra aquellos que los oprimen, que los sofocan, y que hacen cuanto pueden para arrancarles el fruto de sus trabajos. Pero cuando se acabe este corto número de dias, cuando llegue el fin de este triste destierro, cuando juntamente con él cese la injusta persecucion, cuando estos dichosos escogidos entren en el gozo de su Dios y tomen posesion de la gloria eterna; ¿qué no

tendrán que decir, y cuánto avergonzarán á los que trataron tan indignamente á la virtud y á la religion! ¡y qué sentimiento, qué despecho será el de aquellos que ejercitaron tanto su paciencia!

Que persigan á la virtud aquellos que son impios de profesion, no debe sorprendernos; ninguno debe extrañar que los enemigos declarados hagan la guerra. Pero que las mas duras, las mas sensibles persecuciones que tienen que padecer los buenos, vengan muy ordinariamente de aquellos mismos que debieran protegerlos; que el capricho, el mal humor y los desdenes de aquellas mismas personas que hacen profesion de virtuosas, sean la prueba mas terrible de una virtud tierna, bisoña y recién nacida; esto es lo que apenas puede creerse, y con todo, esto es lo que se ve muy frecuentemente.

Abre un jóven su corazon á los sentimientos cristianos, se disgusta de los placeres y diversiones del mundo, da principio á la reforma de su vida; ¡cuánto tiene el pobre que padecer de aquellos mismos que debieran ser los primeros en aplaudir su resolucion, y en celebrar el partido que ha tomado! Pero aun crece mucho mas la admiracion, cuando en aquellas comunidades religiosas que son el asilo de la virtud, y en donde la piedad debe estar á cubierto de todo insulto, se halla tal vez esta misma virtud expuesta á mil molestas contradicciones, censurada, fígada, condenada por aquellos mismos que debieran ser sus panegiristas. La reforma de costumbres desagrada, especialmente cuando está apoyada en una vida mas ejemplar de lo que quisieran aquellos que no se precian mucho de hombres regulares. A la exactitud edificativa se la da el odioso nombre de desdeñosa singularidad: á la modestia se la califica de afectada; la circunspeccion se dice que es una gravedad violenta y fastidiosa; finalmente, hasta la misma hu-

mildad se censura y se condena. No puede haber persecucion mas peligrosa para una virtud tierna y en mantillas; pocas hay que no se rindan, ó á lo menos que no titubeen á esta prueba. Pero ¡válgame Dios! ¿de qué principio nacerá esta maligna aspreza, esta acrimonia contra un sugeto que solo se distingue de los demás en ser mas exacto en el cumplimiento de sus obligaciones? No nace ciertamente ni de zelo ni de amor por la observancia comun; nace de envidia, nace de emulacion, nace de un secreto orgullo. La vida ejemplar y edificativa de aquel particular es una tácita censura, es una muda, pero muy dolorosa reprehension de la vida y del porte de muchos. Sienten estos no sé qué interior despecho de que el otro les haga sombra; temen que la reforma de aquel no haga visible la necesidad que ellos tienen de reformarse. Un anciano se avergüenza de que un jóven haya hecho tantos progresos en dos dias; el jóven que no tiene espíritu ni valor para ser tan virtuoso, se llena de emulacion y de envidia, viendo que el otro, que es mejor, se acredita de mas cuerdo. Estas son aquellas persecuciones, estas aquellas terribles pruebas que excitan las pasiones. La relajacion nunca irrita la cólera á los tibios; pero el fervor, la exactitud, una observancia algo mas estrecha que hasta aquí, luego pone de mal humor á los indevotos. Mas al fin, tiempo vendrá en que estos injustos censores, estos perseguidores disimulados, estos enemigos domésticos sean confundidos. Tiempo vendrá en que se vean precisados á confesar y á detestar sus errores, á reconocer su malignidad, y á hacer justicia á la cordura y á la virtud del justo; porque la estimacion y la veneracion es un tributo que tarde ó temprano pagan los mismos impios á la virtud.

El evangelio es del cap. 14 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Non turbetur cor vestrum. Creditis in Deum, et in me credite. In domo Patris mei mansiones multae sunt. Si quod minus, dixissem vobis: Quia vado parare vobis locum. Et si abiero et praepravero vobis locum, iterum venio, et accipiam vos ad meipsum, ut ubi sum ego, et vos sitis. Et quod ego vado, scitis, et viam scitis. Dicit ei Thomas: Domine, nescimus quod vadis; et quomodo possumus viam scire? Dicit ei Jesus: Ego sum via, veritas et vita. Nemo venit ad Patrem nisi per me. Si cognovissetis me, et Patrem meum utique cognovissetis: et amodo cognoscetis eum, et vidistis eum. Dicit ei Philippus: Domine, ostende nobis Patrem, et sufficit nobis. Dicit ei Jesus: Tanto tempore vobiscum sum, et non cognovistis me? Philippe, qui videt me, videt et Patrem. Quomodo tu dicis, ostende nobis Patrem? Non creditis quia ego in Patre, et Pater in me est? Verba, quae ego loquor vobis, à me ipso non loquor. Pater autem in me manens, ipse facit opera. Non creditis quia ego in Patre, et Pater in me est? Alioquin propter opera ipsa credite.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: No se turbe vuestro corazon. Creéis en Dios, creed tambien en mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones. Si no fuese así, os hubiera dicho: Voy á preparar el lugar para vosotros. Y cuando me hubiere ido, y hubiere preparado lugar para vosotros, vendré otra vez, y os tomare conmigo, para que en donde estoy yo, esteis vosotros tambien. Y adonde voy lo sabeis, y sabeis el camino. Díjole Tomás: Señor, no sabemos adonde vas: ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Respondió Jesus: Yo soy camino, verdad y vida. Ninguno va al Padre sino por mí. Si me hubiérais conocido á mí, hubiérais conocido tambien á mi Padre: y desde ahora le conoceréis, y le habeis visto. Díjole Felipe: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Le dijo Jesus: Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, ¿y no me habeis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve tambien al Padre. ¿Cómo dices tú, muéstranos al Padre? ¿no creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mí mismo; sino que el Padre que está en mí, él es el que obra.

Amen, amen dico vobis: Qui credit in me, opera quae ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet; quia ego ad Patrem vado. Et quodecumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam.

¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí? Sino, creedlo por las mismas obras. De verdad, de verdad os digo: El que cree en mí hará tambien las obras que yo hago, y las hará mayores que estas; porque yo voy al Padre. Y cualquiera cosa que pidiéreis al Padre en mi nombre, la haré.

MEDITACION.

DEL CONOCIMIENTO Y AMOR DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la verdadera felicidad, la vida eterna, consiste en conocer bien á Jesucristo. Todos los demás descubrimientos, todas las demás luces del entendimiento humano, son fuegos fatuos, brillanteces aparentes, nubes iluminadas que dan una falsa luz, y que no enseñan mas que aquellos anchurosos caminos que guían á la perdicion. Jesucristo es el camino que se debe seguir, la verdad que se debe creer, la vida inseparable de la mayor felicidad. Pero ¿es muy concurrido este camino? ¿es muy abrazada esta verdad? ¿es muy solicitada esta vida, en la cual consiste la bienaventuranza eterna? ¿Es conocido Jesucristo de aquellas almas carnales que solo viven la vida de los sentidos, y á quienes ciegan las pasiones? ¿Es conocido Jesucristo de aquellos libertinos que le persiguen, de aquellos mundanos que le desprecian, de aquellos cristianos á medias que le desacreditan con su vida, y aun de aquellas personas que hacen profesion de virtuosas, y que le deshonoran con sus costumbres